

ora por la atmósfera política que siempre ha respirado, en que la costumbre da apariencias de bondad a lo que es intrínsecamente malo; o, finalmente, porque en el ejercicio de la autoridad tiene que valerse de intermediarios más eficaces y menos escrupulosos.

De aquella casta de elección podemos saltar a la tercera, a la que se ha convenido en llamar pueblo; fórmanla los peones, jornaleros y artesanos, que pueden instruirse muy poco, o son del todo analfabetos. Esta clase sirve a la soberanía, por pasiva: nutre las masas ignaras de los cultos políticos, se amotina en montón, guerrea y vota en montón y forma la *mayoría* de los partidos, esa mayoría de que tanto se ufanan los conductores.

Esta clase es naturalmente sincera, dócil y de una probidad nativa. Si se ha de obedecer a una justicia abstracta y a la carencia de luces, es a ella a la que debe atender primero la enseñanza oficial. Pero si se trata de educar, de moralizar, ni es ella la más necesitada ni la que ejerce una influencia más directa en la vida nacional.

Por lo que hace al ejercicio de la